

peculiaridades de su vida matrimonial. El efecto solidario de la transmisión de estas experiencias queda expresado en el fragmento con el que termina el relato y que reproducimos a continuación:

NOTA DE LA EDITORA

A principios de diciembre, 1982, la autora nos trajo este manuscrito que hoy publicamos en nuestra colección TEXTIMONIOS. El 31 del mismo mes, mientras despedía el año con unos amigos, murió de un tiro en la cabeza que le disparó por la ventana de su residencia un desconocido. Nuestra editorial se une a las organizaciones que han reclamado de las autoridades una investigación cabal de este caso (36).

Al escribir la historia de Malén, basada en hechos reales, Carola busca también solidarizarse con una mujer a los que todos juzgan, pero a la que no se le ha concedido un espacio desde el cual expresarse. Por lo tanto, mediante su propia escritura, quiere concederle a ésta la oportunidad de mostrar otro lado de sí misma. Antes de empezar su novela, la maestra-escritora investiga y reúne diferentes opiniones sobre el caso. Sin embargo, al estar muerta Malén, el problema es encontrar una voz narrativa que no tenga una idea preconcebida de ella, preocupación que se desprende de las siguientes palabras de Carola:

¿Cómo decir la muerte de Malén? ¿En boca de quién ponerla? ¿De la vecina temerosa que no abrió la puerta? ¿Del retén del cuartel, estechado de admiración ante el relato del asesino que se entrega? ¿Del amante de turno, apestoso a cerveza y nicotina, mientras oye por radio el final de su *soirée* frustrada? ¿Del estudiante de medicina que levanta la sábana y queda hipnotizado por la carne marcada de una mujer ausente? ¿Quién contaría a Malén, quién diría la verdad, si ella estaba muerta? (20-1).

→ El deseo de Carola por recuperar una imagen más justa de Malén es un intento por destruir los estereotipos asociados a la mujer maltratada, grupo al que ella también pertenece, puesto que Manuel está controlando sus movimientos. Por lo tanto, nos encontramos nuevamente con un personaje que está luchando por dar fin a una situación abusiva, no sólo la sufrida por ella, sino la de todas las mujeres objeto de violencia doméstica.¹⁰ Carola, al intentar recrear la historia de Malén por medio de la escritura, pretende transformar la idea de que si la mujer es maltratada por el hombre es porque de alguna manera lo merece. Esta opinión es difundida en el relato por el periódico y la sociedad en general, representada por la madre de Carola, los vecinos de Malén y su propio asesino. No contar la historia de Malén desde una perspectiva diferente no sólo deja su imagen incompleta, sino que permite que predomine otra estereotipada. Con la muerte de Carola al final del cuento y la desaparición de Vilma, Vega desafía a aquellos que hacen a la mujer y su manera provocadora de actuar únicos responsables de la violencia de género, ya que estos tres personajes femeninos tienen un comportamiento ante la vida totalmente diferente, y muy poco en común, excepto el ser mujeres puertorriqueñas. Asimismo, al elegir personajes tan opuestos, Vega rompe con otro de los estereotipos asociados a la violencia doméstica, como es el que las víctimas son siempre las esposas y pertenecientes a un determinado grupo social de bajo nivel cultural.

La sensación de ser observada, espiada, es una con la que viven las protagonistas de "Pasión de historia" y que Ana Lydia Vega enfatiza en el relato por ser una de las

pública, y oír misa y cantar detrás de una celosía que les permitía ver sin ser vistas. El precioso artesonado de maderas nobles, que se repetía en los cielos de todo el convento, había sido construido por un artesano español que le dedicó media vida por el derecho de ser sepultado en una hornacina del altar mayor. Allí estaba, apretujado tras las losas de mármol con casi dos siglos de abadesas y obispos, y otras gentes principales.

→ Cuando Sierva María entró en el convento las monjas de clausura eran ochenta y dos españolas, todas con sus servicios, y treinta y seis criollas de las grandes familias del virreinato. Después de hacer sus votos de pobreza, silencio y castidad, el único contacto que tenían con el exterior eran las escasas visitas en un locutorio con celosías de madera por donde pasaba la voz pero no la luz. Estaba junto a la puerta del torno, y el uso era reglamentado y restringido, y siempre en presencia de una escucha.

A la izquierda del jardín estaban las escuelas, los talleres de todo, con una población profusa de novicias y maestras de artesanías. Estaba la casa de servicio, con una cocina enorme de fogones de leña, un mesón de carnicería y un gran horno de pan. Al fondo había un patio siempre empanzanado por las lavazas donde convivían varias familias de esclavos, y por último estaban los establos, un corral de chivos, la porqueriza, el huerto y las colmenas, donde se criaba y se cultivaba cuanto hacía falta para el buen vivir.

Al final de todo, lo más lejos posible y dejado de la mano de Dios, había un pabellón solitario que durante sesenta y ocho años sirvió de cárcel a la Inquisición, y seguía siéndolo para clarisas descarriadas. Fue en la última celda de ese rincón de olvido donde encerraron a Sierva María, a los noventa y tres días de ser mordida por el perro y sin ningún síntoma de la rabia.

La tornera que la había llevado de la mano se encontró al final del corredor con una novicia que iba para las cocinas, y le pidió que la llevara con la abadesa. La novicia pensó que no era prudente someter al fragor del servicio a una niña tan lánguida y bien vestida, y la dejó sentada en uno de los bancos de piedra del jardín para recogerla más tarde. Pero la olvidó de regreso.

Dos novicias que pasaron después se interesaron por sus collares y sus anillos, y le preguntaron quién era. Ella no contestó. Le preguntaron si sabía castellano, y fue como hablarle a un muerto.

«Es sordomuda», dijo la novicia más joven.

«O alemana», dijo la otra.

La más joven empezó a tratarla como si careciera de los cinco sentidos. Le soltó la trenza que tenía enrollada en el cuello y la midió por cuartas. «Casi cuatro», dijo, convencida de que la niña no la oía. Empezó a desbaratarla, pero Sierva María la intimidó con la mirada. La novicia se la sostuvo y le sacó la lengua.

«Tienes los ojos del diablo», le dijo.